XIV

ROPA VIEJA

Del vastísimo recinto de la Exposición, el pedazo monstruo es el Campo de Marte. Sus dos desmedidos edificios principales avanzan hacia la Torre Eiffel, cubriendo una extensión que así á bulto calculo en dos kilómetros y medio de longitud y más de un kilómetro de anchura. En ellos se alojan la agricultura, la alimentación, la mecánica, la electricidad, las industrias químicas, la ingeniería civil, los transportes, la educación, enseñanza, letras, ciencias y artes, la minería y metalurgia, y por último, la *ropa,* no el *traje*—(el *traje* tiene un palacio que le pertenece exclusivamente y merece capítulo aparte)—la *ropa* tan sólo. Y de la *ropa,* de la buena ropa que se gasta aquí, voy á decir algo, espumando la materia... porque es tan importante esta sección, que podría dedicársele un libro.

Francia ejerce influjo universal, amén de otras razones, por razón de la ropa. A hacerse ropa viene á Francia mucha gente. No es milagro que la ropa (hilos, tejidos, vestimenta) ocupe tanto espacio y sea tan preciosa y elegante. Tampoco es extraño que se agolpe aquí la multitud, atraída por motivos diferentes de los que hacen que se estruje ante el busto de Krüger, en la casa del Transvaal. Las mujeres acuden á la ropa como moscas á la miel, extasiadas ante los escaparates seductores de los modistos célebres.

Organizada esta sección con el método científico que preside á las demás, contiene el Museo centenal, ó sea la indumentaria durante un siglo, y va mostrando, antes que la prenda hecha ya, las materias que la componen y las fases por que atraviesa. Preceden á los tejidos de Lyon la seda en capullo, en rama, en madeja ú ovillo; á los corsés, la ballenería; al calzado, los cueros; á la ropa blanca, el hilo y los encajes, y al sombrero ya armado, las armazones, fantasías y plumas. Es la génesis y análisis del objeto, que nos preparan á comprenderlo; sistema que considero acertado desde el punto de vista del estudio, y que, por medio de los innumerables Museitos salpicados aquí y allí, modifica el aspecto de la Exposición, convirtiéndolo de industrial en artístico, y enseña que también lo de hoy ha de ingresar mañana en los dominios de la curiosidad y del arte.

¡Y qué efecto produce á veces una prenda de ropa antigua, conservada en cristalería! Aquí

están los sombreros, un siglo de sombreros. Acabo de ver la cofia, de encajes amarillentos, que acaso cubrió los cabellos rubios de la princesa de Lamballe, y encuentro un gorro frigio, rojo, con su escarapelita tricolor — un gorro auténtico del 93. La impresión de realidad histórica que produce este gorro *usado* es fortísima. Acaso el dueño paseó en una pica el corazón sangriento de la amiga de María Antonieta.—Observo que la gente se interesa más por los sombreros que por ninguna otra parte del traje. Ni el calzado, ni el abanico, ni la ropa blanca, que encierra tan íntimas revelaciones acerca de nuestras bisabuelitas, atrae y divierte como los sombreros. Muchos logran un triunfo de hilaridad. La silueta del sombrero pasado de moda es lo más cómico que existe. Bien lo sabía Rosell, de festiva memoria, que se iba al Rastro á enriquecer su colección de sombreros ridículos.

Algunos veo impagables. La enorme bimba peluda que lleva Goya en un conocido retrato; el grave *bolivar* á que alude Balzac tantas veces; el desmesurado *cabriolét* ó calesín que oculta completamente el rostro de las parisienses de Gavarní, y sólo deja asomar un rebelde tirabuzón; la sentimental *pamela;* el político turbante *al Trocadero,* de terciopelo granate, con su española redecilla de oro; la *canoa* que inicia las transformaciones de la capota; el sombrero de ala ancha y enormes plumas de las increíbles; la *marmota* ó dormilona de la emperatriz Josefina... De estos tipos, modifica-

dos con el *chic* y el gusto aquí rebosantes, van saliendo las formas que cada año impone la moda y acata el mundo entero. Lo que ahora provoca alegre y burlona carcajada, dentro de dos meses, algo disfrazado, lo usarán las mismas á quienes oigo reir.

Después del sombrero, lo que más se desfigura, al anticuarse, es la sombrilla. Ignoro por qué, mientras el abanico conserva eterna juventud y gana seguramente con el tiempo, la sombrilla adquiere la ridiculez peculiar del año de la nanita. Lo cierto es que hay en el Museo de la indumentaria sombrillas de caricatura, chinescas, con fleco, escaroladas, de cucurucho, de medio melón, sombrillas extraordinarias. ¡Y las medias y los guantes! No me parece conveniente ni factible indagar si las piernas y brazos de las señoras son ahora de una forma distinta que entonces; pero el caso es que lo parecen. Esas medias tienen hechura de tubo; esos guantes no señalan la muñeca. En cambio, una riqueza deslumbradora. Hay guantes de malla roja bordados y flordelisados de plata; los hay de piel avellana en que no se ve la piel bajo el oro. Los hay de riquísimo encaje auténtico; los hay con el brazo hecho de flores de seda. Las medias están cubiertas de arabescos ó caladas y afiligranadas. Al lado, las ligas, con sus broches de pedrería, y los corsés, pespunteados, rancios ya de color, pero rígidos aún. Expone una señorita una colección de hierros, y en ella vemos con terror que figuran corsés: verdaderas armaduras, sólo de metal, y de la forma más opuesta á la del cuerpo femenino: entrantes donde éste hace saliente, y viceversa; corazas militares, plano el pecho, bombeado el talle hacia la cintura. Un instrumento de suplicio.

¿Por qué en el Museo de indumentaria figura una cristalera que contiene rica colección de campanillas de metal? ¡Ah! ya caigo. Estas campanillas representan siempre una dama; la forma de la campanilla la hace la falda, más ó menos hueca, y en la colección aparecen reproducidos con minuciosa fidelidad los trajes, peinados y tocados de cien años; son campanillas-figurines con intenciones caricaturescas; son obritas de arte. Y es que en este Museo no falta nada que pueda dar idea de cómo se ha vestido en el siglo. Desde las riquísimas séries de botones, hebillas, diademas, broches, cinturones, peinetas, alfileres, brazaletes, bolsillos, gemelos de teatro, lentes y gafas, hasta las de figurines y grabados alusivos al vestir; desde los ornatos de iglesia y los casacones de tornasol y los trajes de corte, hasta el *deshabillé* de indiana, allí está todo: innumerables páginas de abierto libro en que se pueden estudiar las variaciones del gusto, más influídas de lo que parece por la literatura y la historia.

Ideas históricas despiertan aquellos atavíos de corte de la época de *Madame Sans Gêne*, con su talle por el sobaco, su cuello alto de encaje de oro, su caudalosa cola-manto de raso amarillo con guirnaldas de laurel; ideas históricas los ferreruelos y los calzones cortos y los

espadines de la Restauración, atavío que usó Víctor Hugo para su entrevista con el monarca; ideas históricas, los abanicos con letreros políticos y canciones subversivas, entre ellas uno consagrado á satirizar á la Compañía de Jesús; ideas históricas, los chales semejantes al de la Tirana en el lienzo de Goya, y los primorosos zapatitos de raso blanco que usó la duquesa de Berry cuando era feliz y amada.

Faltan uniformes militares; supongo que los veré en la sección de guerra, que también tendrá su Museo. Son uniformes civiles esos que revelan á las claras el poco uso y el ningún garbo de los funcionarios que los lucieron. En cambio, las prendas del traje femenino están todas llevadas y traídas, y suavizados sus colores por el tiempo.

Recorriendo el Museo, y sin decir de él gran cosa, he llenado estas páginas, y necesito otras tantas para pasar desde las sederías de Lyon á los escaparates de la tentación magna de la mujer: las instalaciones de Doucet, Redfern, Laferriére y Worth.

XV

ROPA NUEVA

Tiemblen los bolsillos y encójanse, si pueden, para no dejar que fluya su preciosa sangre (la española, como sabemos, vale; es decir, cuesta; es decir, pierde un 30 por 100 más que la de todas las naciones). Frunzan el ceño y apresuren el paso maridos, padres y hermanos (caritativamente pensando, no se me ocurren otros lazos de parentesco). Estamos en el golfo de la moda, salpicado de islitas del archipiélago de la seducción. Aquí no se escucha el acelerado *tiqui, tiqui* de las máquinas; aquí la luz acaricia sedas, encajes, plumas y flores. Aquí ponen su silla y se disputan el lauro los modistos célebres, pontífices de la vanidad y dictadores del trapo. Y el trapo es una fuerza social, funesta para quien se arroja, con los ojos cerrados, en su torrente. En cambio, ¡cuánta prosperidad, cuánta vida para la industria y tam-